

## CENTRO DE DOCUMENTACIÓN CIDAP

Fuente: El Mercurio  
Fecha: Domingo, 18 de enero de 2015  
Página: 1B  
Año: 90  
Nro. 34.243  
Descriptor: Tradición, oficios, taller, Cuenca.

### Las lenguas ancestrales tendrán sus guardianes



#### ENTRE CABELLOS Y SOMBREROS

Siete décadas después de que el entonces Presidente José María Velasco Ibarra firmara el decreto de cantonización de Santa Isabel, con la corriente de los años también se han ido, poco a poco, los oficios aprendidos de generación en generación.

De esto está consciente quien aprendió de su padre y este del suyo, pero que no tiene a quién pasar la posta porque ya no hay quién se interese. Es Galo Espinel Alvarado Panamá. Aprendió de su padre José Damián los oficios de la peluquería y de hormar sombreros.

Muerto meses atrás su tío Juventino, es el único que queda en el pueblo para engomar, hormar y blanquear sombreros de los pocos que aún los usan. Él lo reconoce así, mientras recuerda que en las paredes del taller original de su padre colgaban los sombreros, blancos como el algodón y con cintillos negros.

Le daban al taller, como ahora al suyo, un colorido especial, junto con los sillones de la peluquería, de los espejos, y de uno que otro cuadro que mostraba un paisaje o las inevitables imágenes de María, de Cristo, o del Corazón de Jesús; además del calendario y del periódico, que era leído de cabo a rabo.

No lo dice, pero su rostro delata la certeza que lleva dentro: ya son pocos los que lucen esos sombreros, primero lavados con agua simple, luego engomados con cola granulada, después planchados, colocados en las hormas hechas con madera de nogal, secados, y finalmente blanqueados con una lechada en cuya preparación se usan varios elementos, entre ellos el dióxido de titanio. Y todo este ritual de preparación tan solo por tres dólares.

Eso se ve en el taller de Galo Alvarado. Son pocos los sombreros que cuelgan en las paredes. Él los arregla con la misma parsimonia con la que lo hacía su padre, y con el convencimiento de que su oficio conserva una vieja tradición del pueblo. Y él es parte de ella, como lo fueron otros que ya no están para contarlo.

Pero no está solo. Parece sentirlo en el alma cuando dice que su hermano menor, Eliseo, también le hace al oficio, tanto a la peluquería como al hormado de sombreros. Y así lo confirma Eliseo, profesor en la escuela Fernando de Aragón. Tan pronto como termina de cumplir su labor profesional se dirige al taller para ejercer el oficio que le enseñó su padre, sin descuidar su otro deber de hijo: cuidar a su madre, Carmen, como ella lo hizo cuando niño él. Ella ya está por los 98 años de edad. Es parte del patrimonio longevo que también caracteriza a Santa Isabel y del que también formó parte su esposo José Damián, quien falleció a los 97.

Como el oficio del hormado casi, casi que está incompleto sin el de la peluquería, Galo y su hermano cortan el pelo y afeitan a los que todavía confían en la “buena mano”, en el “afeitado al ras”, y sienten el placer de sentarse en sillones antiguos, donde la conversa es parte del ceremonial de lo que algunos llaman “rebajarse los años”.

En ese taller, que ahora no tiene nombre porque la marca dejada por su padre como que es más que suficiente, los hermanos Alvarado-Panamá han separado un lugar especial para exhibir los tradicionales instrumentos. Ahí están las antiguas tijeras marca Frizbracht Germany, las máquinas de cortar el cabello, las navajas, aquellas que se ‘asentaban’ en una tira de suela tras ser afiladas en piedra especial. Los rociadores que servían para perfumar y desinfectar cara y cuello con fragante colonia mezclada con un poco de “puntas”, suficiente para que los clientes salgan como “nuevitos”, olorosos y listos para galantear.

Galo Espinel lo asiente: su taller y sus dos oficios son patrimonios vivos del pueblo. Sobreviven al tiempo, a la ‘modernidad’ y a los extravagantes cortes de cabello actuales.

Y en reconocimiento a ese trabajo, que ha sobrevivido tres generaciones, el Concejo Cantonal de Santa Isabel ha resuelto entregar a Galo Espinel la condecoración “Ariosto Córdova”, creada para resaltar el trabajo artesanal. La colgará en el taller, junto a la que recibió su padre por parte de ese mismo Concejo muchos años antes de que descansa en paz, porque, como dice la sabiduría popular: “cualquier cosa, en vida hermano, en vida”.

#### EL LETRERO “POLITICO”

Cuenta que llegó a Santa Isabel hace 52 años. No lo hizo en vehículo sino en el vientre de su madre, una señora alta, servicial para todo y para todos, siempre dispuesta a ganarse el pan de cada día con el sudor de la frente, como dicen. Llegó a ese pueblo, por entonces lleno de casitas de adobe, bahareque y, a lo mucho, con techos de teja, y que olía a dulce caliente porque estaba rodeado de cañaverales y de molineras, que ahora ya casi son un recuerdo, triste a veces.

Se trata de Manuel Alberto SincheHuiracocha, cuya historia de vida, como la de millones en el mundo, quedaría inconclusa sino se la contara. Y, ¿por qué contarla? Porque, como pocos, la ha matizado con la chispa, esa chispa que hace más llevadera la vida y marca la de los pueblos. Engendrado en la parroquia Tixán, cantón Paute, vio la luz en Santa Isabel, donde quien se mete a la política, cuando menos se la pasa como aquel que recibe el golpe de una sartén: si no le ha dolido, queda tiznado. Manuel Alberto, desde que aprendió el oficio de zapatero tan pronto como terminó la primaria, ha sido una especie de gitano, porque se ha pasado de casa en casa, arrendando un cuarto para instalar su taller.

En todos ellos ha dejado sus huellas: los golpes en la suela, el de los clavos, el ruido del esmeril, el del martillo, incluso cuando caía directo al dedo; el olor de la bacerola, de la negralagua, el de las hormas. En fin. Como el cuento del ave fénix, se levantó de las cenizas cuando hace 18 años se incendió la casa que arrendaba. Se le quemó todo, incluso, según cuenta ahora, los enseres que compró pensando en el matrimonio. Ahora está en una de las pocas casas antiguas que quedan en Santa Isabel. En el mismo cuarto donde el dueño, que en paz descansa y de Dios goce, extraía las muelas de los lugareños sin más anestesia que la voluntad de “aguantarse como macho” antes que andar con la cara hinchada, oliendo a guayacol, o haciendo “buches de trago” que, casi siempre, terminaban en el estómago.

Y es ahí donde se la ocurrido algo que para muchos es motivo de risa; de resquemores para otros, ¿Qué? El nombre del taller: “Lo mejor está por venir”. Aparentemente no hay nada de extraordinario, aunque sí de rareza que así se denomine a una zapatería, donde aún se ponen “medias tapas”. El extraño que pasa por ahí no deja de

leerlo, de dejar escapar una sonrisa, y de seguir el camino preguntándose por qué. Sucede que el alcalde de Santa Isabel, que buscaba la reelección por tercera vez consecutiva, lanzó como lema de campaña “Lo mejor está por venir”, a fin de prometer a los electores que lo que no se hizo en años, será posible en un nuevo período. Un buen día a Manuel Alberto se le ocurrió tomar esa frase y elevarla a categoría de letrero para su zapatería. Cogió una tabla, la escribió y la exhibe para el deleite de sus clientes, como dice él.

Se trata de la misma “chispa” que tuvieron otros, como la de aquel que echó a volar por el pueblo el nombre puesto a una cantina administrada supuestamente por un amigo de lo ajeno: “Pobre del que se duerme”. O la de aquel que identificó a su restaurante con el nombre “La vida no vale nada”, que luego lo cambió por “Mi bella genio”. Según los decires de la época lo hizo en ‘honor’ al nada soportable genio de su compañera. Pero Manuel Alberto, sin ser explícito comenta que el nombre de su taller es “pura coincidencia”.

“Fue una iniciativa mía...por mí, y por mis clientes”, dice sin poder esconder una picarona sonrisa.

Vaya ironía la del “maestro Sinche” como lo llaman en el pueblo, donde, unos le piden que retire el letrero; otros, que le haga más grande. Lo cierto es que quien llega al taller entra y sale hablando de la política, tomando como ‘pretexto’ el letrero.

Pero a él, según cuenta, ya le vino lo mejor. Su madre le contó que en Tixán tenía dos tías. Cuando viajó para conocerlas solo encontró a una, que, al igual que la que ya había muerto, no era la tal tía, sino su hermana, María, para ser más exactos. Fue el mejor secreto guardado de su madre, solo revelado a poco de partir a lo eterno. “Fue un encuentro doloroso”, dice. -¿Y ahora? “Allí comenzó una nueva página de mi vida”.



Texto y fotos: Jorge L. Durán Figueroa [jduran@elmercurio.com.ec](mailto:jduran@elmercurio.com.ec)